

NOTAS SOBRE EL NADAISMO

Escribe: ENRIQUE POSADA

Desde hace años, cuando publiqué una inofensiva nota refiriéndome a los nadaístas como a extranjeros en su propio país a quienes interesaba más los efectos del ecuanil que el más atroz genocidio de coterráneos suyos, dudé reiteradamente de si valdría la pena ensayar una exégesis sobre la irrupción de estos jóvenes iconoclastas en el ámbito del interés público. Desde el comienzo, los nadaístas pretendían asumirse en espejo del caos, la desadaptación y el inconformismo de las nuevas generaciones. Pero el afán publicitario le restaba seriedad al propósito. Me consta que en todo este tiempo, escritores de prestigio, deseando hacerlo, se han abstenido de opinar sobre el nadaísmo, celosos de que el beneficio propagandístico devenga en favor de los "profetas" de este grupo. Nosotros aguardamos a que el mismo Gonzalo Arango, al cabo de algunos años, declarara por su cuenta que la experiencia nadaísta estaba liquidada, como lo hizo en su carta a Gog del año pasado. Por supuesto, nuevamente, la declaración surtió los pretendidos efectos de relaciones públicas, y el artificioso aparato de las réplicas y contrarréplicas empezó a funcionar. Todos ellos, sabían, sin embargo, que solo se trataba de provocar reflejos condicionados sobre un organismo muerto que, por lo demás, nunca había tenido una existencia real.

Las siguientes palabras no pretenden ser un juicio sobre lo que significó el nadaísmo, ni siquiera una interpretación crítica de la escasa obra que sus profetas han publicado en los suplementos literarios. Se trata de elementales consideraciones, alentadas por un desprevenido espíritu de discusión, en torno al "movimiento de parálisis" de un grupo de inconformistas de 20 a 30 años de edad cuyas oportunidades publicitarias, devinieron, paradójicamente, en freno de sus posibilidades literarias. A la edad de Amílkar U., o Elmo Valencia, son muy pocos los escritores colombianos que han tenido el privilegio de aparecer destacados, como ellos, en las páginas de los principales diarios.

Si algún interés pueden asumir los comentarios que ensayo hacer en esta oportunidad sobre el nadaísmo, se debe a circunstancias contingentes pero no casuales, como el hecho de que pertenezco a la misma generación de Gonzalo Arango, de no haber estado matriculado nunca en ningún movimiento político o literario y de haber quedado sujeto al anonimato tem-

poral, como escritor novel, a consecuencia de que la avalancha de desplantes nadaístas, al tomar por asalto la curiosidad de la opinión, obligó a replegarse en el silencio a un grupo de intelectuales jóvenes en todo el país. La anterior confesión no es producto del resentimiento, ya que la situación la aceptamos entonces como un simple alti-bajo, en el juego de las oportunidades.

DESOLADO PANORAMA

Recuerdo cómo, al iniciarse el nadaísmo, sus partidarios eligieron como plataforma de su explosión iconoclasta anti-centenarista, la tesis de que ellos representaban en la tierra la irrupción de una "nueva belleza". Entonces, lo que nacía de allí era calificado de producto del "viejo estilo", literatura reaccionaria. Héctor Rojas Herazo, Germán Pardo García, Castro Saavedra, Manuel Mejía Vallejo, y hasta García Márquez fueron condenados por Gonzalo Arango, a quedar empotrados en las tinieblas tradicionalistas de la literatura del centenario representada especialmente por Suárez y Caro.

A partir de esta posición, era apenas lógico esperar de ellos la concepción de nuevas formas, la creación de un estilo, de una estructura narrativa, de una técnica, desligados por completo de la herencia centenarista y costumbrista ya desahuciada. Era necesario, pues, sustituir una tradición cultural, ya sospechosa, por un nuevo concepto del quehacer literario. Comenzar otra vez de cero. No bastaba con denigrar de lo ya *hecho*, sino que se imponía la necesidad de crear algo superior. Todos estábamos de acuerdo con el nadaísmo, en que la obra heredada de los siglos anteriores, no constituía un organismo vivo capaz de mantenerse con decoro ante el discurrir de los años, pero creímos que el método elegido era equivocado, ya que el terrorismo literario, el inocuo incendio de los libros del señor Suárez o de Tomás Carrasquilla, no conseguían agrietar en lo más mínimo el prestigio de los mismos. Los nadaístas se la han pasado denigrando de los escritores muertos, de los vivos que no acampan en su secta, se han estado citando mutuamente en los artículos de prensa como genios diabólicos, pero, pasada esta escaramuza de linotipos en su ayuda, solo queda una sensación de vacío en quienes hemos estado asistiendo como testigos de la prometida irrupción de la "nueva belleza".

EL CASO GONZALO ARANGO

Es precisamente su creador, Gonzalo Arango, el ejemplo más patético del fracaso enunciado en las líneas anteriores. Con la esperanza de encontrar en su producción cuentística una línea de progreso hacia lo nuevo, le venimos leyendo desde su primer cuento titulado "La Tumba de Lucero Rojas". Pero, al contrario de lo que esperábamos, cada vez hemos palpado en sus formas narrativas cierta parálisis crónica de los recursos de la técnica y de la imaginación. La experiencia de leer su último cuento equivale casi al hecho inusitado de una película que se repite para un ratón de cinemateca. No es arriesgado afirmar que, si se mira desde afuera el panorama de la producción literaria de Arango, la sensación que queda en el

lector es de que todos sus cuentos no sobrepasan el límite de 3 o 4 situaciones temáticas. Por más esfuerzos que se hagan en buscar la irrupción de la anunciada nueva belleza, ya sea en el estilo, en la concepción psicológica de los personajes, en la técnica literaria, en los temas, la investigación fracasa. Arango tampoco ha podido desligarse del viejo estilo. Este molesto cordón umbilical que a algunos escritores jóvenes une con el pasado y a otros, a manera de trasplante, con la creación literaria europea, sigue aferrado también a las víceras creativas de los escritores nadaístas. Ellos unen palabras, con un método más o menos organizado, tratan de ser sinceros desbocando en la literatura aún las sensaciones más íntimas de su vida cotidiana, se violentan en la empresa de comunicar vida a determinados personajes anémicos y moluscos que carecen de consistencia, pero el fiasco de su intento continúa enfrentándose en toda su presencia, al castigo de un compromiso que terminó por convertirse en una camisa de fuerza para sus talentos incipientes.

ALGUNAS INFLUENCIAS HONESTAS

Alvaro Cepeda y García Márquez supieron asimilar al ámbito de la problemática colombiana, las influencias de algunos escritores norteamericanos. Esta influencia la han asumido públicamente, sin rubor, conscientes de la legitimidad de este recurso, cuando se apela a corrientes extrañas para imprimirles una personalidad propia hacia la expresión de problemas de los cuales el escritor es un testigo comprometido.

Tampoco al nadaísmo le han faltado sus "santos" patronales. Ellos afirman su fidelidad amorosa hacia Rimbaud, su vocación ideológica por Sartre, el asombro de sus conciencias ante el maravilloso mundo descrito en sus novelas por Franz Kafka. Y a pesar de todo, en la literatura de Arango se palpa, se presiente cierta inconsciente ligazón con los elementos del pasado, cierta atmósfera pesada, cierta "mono-ritmia".

¿Dónde está, pues, la nueva belleza?